

Triunfo y tragedia de Gayarre

Riña de mozos.—La «Stradella».—El herrero y el regador.
—Viaje a Tudela.—El violón y la cincha.—La repulsa de
Gaztambide.—Fracaso y gloria. (1)



Aquella tarde, bien libados de vino de Ar-tajona, Gayarre y Tolosana se reconciliaron. Días antes habían reñido en el taller de Pina-qui y Tolosana disparó su martillo a la cabeza del roncalés, con tal juria, que, si éste no se agacha, lo deja seco.

Paseaban por la ripa de Beloso y medió entre ellos este diálogo que recoge Enciso:

—Oye; ¿por qué no te apuntas en el Orfeón?

—Orfeón; ¿y qué es eso?

—Pues hombre; yo no sé bien cómo decirte, pero Orfeón es una sociedad para cantar coros.

El otro no sabía lo que eran coros y Tolosana le explicó:

-Coros...coros... es contar muchos a un tiempo, unos por alto y otros por bajo, ¿entiendes? . . . Y allí te enseñan música de balde.

—¿De balde?

—Sí hombre; y se pasa muy bien, ya verás.

Gayarre prometió ir una noche al Orfeón. Tenía entonces veinte años y era un buen oficial de herrería. En Lumbier, sobre el yunque de Quilleri, había cons-truido muchos balcones (aún puede verse alguno en la calle Mayor) y hasta una

(1) Me he servido para este artículo de unas notas sobre episodios inéditos de la vida del gran tenor, que debo a la amabilidad del maestro Larregla; de las biografías sobre Gayarre publicadas por J. de Castro y Serrano (1890), Julio Enciso (1891) y Hernández Girbal (1930), del libro "Apuntes Tudelanos" de don Mariano Sainz (1928), y de un artículo necrológico de Peña y Goñi, aparecido en la revista Euskal-Erria del año 1890.

cama de hierro, que le hizo al padre de don Joaquín Larrcgla y que éste conservó como recuerdo. Le llamaban de apodo "Lagartija", por lo listo y lo vivaracho y era un acérrimo cantador de coplas, la mayoría picaras y agudas, Una de las que conservaba en la memoria era ésta, alusiva a la jornada laboral de entonces:

*Retunantísimo sol,
si tu fueras jornalero,
no saldrías tan temprano
y te irías más ligero.*

La noche en que Gayarre fué con su amigo al Orfeón, se encontraron en el portal del edificio, con una tumultuosa reyerta, Dos grupos de mozos, algunos de ellos orfeonistas, se acometían a puñetazo limpio. Los recién llegados se entrometieron a apaciguar la riña, pero lejos de conseguirlo, salieron con algún que otro coscorrón. Gayarre, amohinado, le dijo a Tolosana:

—¿Y aquí es donde decías que se pasaba tan bien?

Juró no arrimarse jamás por aquel sitio, y volvió a sus faenas en la fragua y a sus cantares con guindilla.

Borrada con el tiempo la primera impresión, los amigos lograron convencerle y una noche lo presentaron en la Sociedad donde enseñaban la solfa gratis. Su Director, don Joaquín Maya, probó la voz del mozo. Advirtió en ella cualidades maravillosas y él mismo se encargó de enseñarle el solfeo; lo colocó en la cuerda de los primeros tenores y pronto le encomendó los solos.

Maya y el organista de la Catedral, don Conrado García estaban admirados de la finura de su voz, de su gusto en el canto, y de un instinto musical, extraño en un obrero que parecía rústico. Fueron los primeros en calar que aquel mozo de manos callosas era un genio en potencia.

Por eso, cuando, a fuerza de lecciones, dominó el método de Eslava, don Joaquín le hizo aprender un aria, el "aria di chiesa" de "Stradella" y, en un concierto organizado por el Orfeón, lo presentó al público en el Teatro Principal.

La actuación de Gayarre constituyó un gran éxito, y la gente salió haciéndose lenguas de la voz tan bonita del herrero de Casa Pinaquí, que apareció en escena con un traje de luto, prestado y con una levita de don Serafín Mata, que le venía un poco grande. Al día siguiente lo llevaron a retratar al estudio de Coiné y la fotografía la conservó el maestro Maya como si fuera una reliquia.

En cuanto a él, recordó siempre con singular cariño el aria con que obtuvo su primer triunfo. De ahí que, cuando en 1882, para desagrar a los navarros (resentidos con él por haberse negado a concurrir a los funerales de Eslava) ofrecióse a actuar en los Sanfermines, una de las piezas de su programa fué la Stradella.

Por cierto que en esta memorable ocasión, y cuando por corresponder al delirio de los pamploneses, cantó una noche desde el balcón de la Fonda de Europa, hubo uno de entre el público que le arrojó una llave, como para que no olvidara su antiguo oficio.



Su debut como orfeonista acaeció en el año 1865. Aquel verano, el maestro Eslava, que a la sazón era maestro de la Capilla Real y Director de música del Conservatorio, vino a Burlada a descansar.

Una tarde, paseando con Maya por las afueras de Pamplona, cara a los montes del Carrascal, se lamentaba don Hilarión de la escases de tenores que había en España. Maya, entonces, le ponderó las dotes del que acababa de descubrir.

Poco después, los dos se detuvieron asombrados. De un huerto próximo salía el canto de una vos recia, atroz, que llenaba la tarde con su potencia. Quien cantaba era un mozo que se hallaba regando sus hortalizas y es muy posible que la copla fuese aquella, tan popular entonces:

*La vida del hortelano
es una vida mortal;
todo el día trabajando
y por la noche a regar.*

Eslava, tras de escuchar atentamente, preguntó:

—¿Es esc el orfeonista de que me ha hablado?

—No; el que yo digo es un herrero.

—Pues la de éste, es una cantidad de voz que, ¡amigo!, la tienen que oír hasta en Tudela.

—La verdad, que es extraordinaria. Si le parece a usted, voy a citar a éste y al otro para el domingo y, así, los prueba usted, a un tiempo.

—Admirable. Iré a oírlos por la mañana.

Presenciaron el concurso Eslava, Maya y don Conrado García. El regador hizo alarde de una voz potentísima. Gayarre tenía una voz fina, bien timbrada. Eslava, después de oírlos en silencio, los despidió, sin soltar prenda. No acababa de convencerse. Sus dos amigos le porfiaban:

—Pero, ¿no se ha fijado en Gayarre; qué timbre, qué media voz tan bella?

Don Hilarión reconocía que "era una voz fácil, extensa, de claro timbre", pero objetaba (v estas son sus palabras textuales) que era una voz "nasal y chillona en las notas agudas, que habría que educarla bastante".

La verdad es que a Eslava le había gustado más el regador del vozarrón fenomenal, capaz de oírse hasta en la Mejana.

Gayarre fue el primero en advertir la impresión del maestro. Decía, años después, comentando este trance desilusionador:

"No hizo más que oírme cantar, y... ni una palabra".

Luego ocurrió lo que ya es conocido. Que Eslava probó a Gayarre más despacio en la tienda de pianos de don Conrado; que adivinó en él al tenor español

que buscaba; pero, ¡ay!, le dijo que "era feo para poder triunfar; aunque... ¿quién sabe?, cuando le crezca la barba, con los colores y las luces del teatro, vestido de terciopelo y plumas, aún podría pasar".

Por aquella época, Gayarre no debía de ser un Adonis. Flaco, de frente ancha, huesuda, los ojillos menudos y hundidos, la boca larga y una incipiente barba rubia, su aspecto, fosco y viril, era el menos propicio para ganarse el alma de los públicos.

Sin embargo, esta segunda prueba rindió a Eslava, quien fue el primero en afirmar que era preciso hacer los imposibles por que el mozo estudiase en Madrid.

El reproche a su físico no lo olvidó éste nunca. Rememorando el episodio, le confesaba a Enciso:

"Si no llega a ser cura, te juro que le suelto una fresca".

En Madrid, nuestro tenor vivió a salto de mata, en una romántica bohemia. Ganaba doce duros al mes como pensionado del Conservatorio, y se hizo, por contagio, liberalote, lector apasionado de "La Iberia" e idólatra de Prim y Castelar. Eslava le dió entonces los consejos que (como un día le confesó Julián al maestro Larregla) habían de valerle para toda su vida. Y no sólo consejos; que lo mismo le daba una camisa, que unos zapatos, o una entrada del Real para que oyese a Tamberlik y le expusiera, al día siguiente, su juicio acerca de la ópera.

Pero el amigo fiel, el confidente suyo era Gainza, un pianista de Alio, ocurente y locuaz, que, poseyendo alma de artista y bulléndole óperas en el meollo, tenía, que ganarse la alubia tocando el piano en un café plebeyo de la plaza de Antón Martín.

¡Qué curiosa, pero qué triste y apurada la vida de Gayarre en la Corte! Progresaba en el canto; le animaban sus compañeros, sus maestros. El, en cambio, no debía de ver muy seguro su porvenir como cantante de ópera. Por si acaso, y sin que lo supiera don Hilarión, se dedicó a aprender zarzuelas.

Gainza y Lasfuentes, organizaron una compañía donde formaban él, Sala-Julien, Carreras, la tiple Inés Esteban y otros. Ensayaron tres obras:

"Luz y sombras", "Por derecho de conquista" y "Una vieja".

Gayarre ansiaba verse ante las candilejas y como, de otro lado, le tiraba el cariño a Navarra, proyectaron un viaje a Tudela.

En el Archivo Municipal de esta ciudad, se conserva un escrito que, el 23 de julio del año 1868, dirigieron Manuel Lasala y Casimiro Lafuente, solicitando la adjudicación del teatro para las fiestas y acompañando lista de la compañía. La lista no aparece, pero en ella figuraba Gayarre bajo el seudónimo de "tenor Sandoval", a que tuvo que recurrir, ya que el ser pensionado del Conservatorio le impedía cantar en público.

Necesitaban para su empresa dos mil reales, y el patrón de Julián, que era navarro y cacharrero, ofrecióse a buscarlos. Le pidieron dinero a "Cúchares", pero éste, que debía de andar a dos veías y no veía buen negocio, se les negó diciéndoles, al par que les mostraba las cabezas de toro que adornaban la habitación:

¡Pero si en mi casa no hay más que cuernos y manzanilla!

Les convidó a unos "chatos" y se fueron con las manos vacías y la tripa húmeda.

Por fin el cacharrero, empeñando los trastos de su tienda, logró de un prestamista el capital imprescindible.

Una mañana, el flamante conjunto del maestro Gainza y el tenor Sandoval partió en un sórdido tercera para las fiestas de Santa Ana. Gayarre diría, años después, de esta excursión:

"En mi vida volví a hacer un viaje tan alegre y tan divertido".

Por aquella época, las fiestas de mi pueblo eran muy animadas y atraían gran número de forasteros. Sólo de Zaragoza salían trenes de 35 unidades. Los que no podían marchar entonaban aquello de:

*Nos han dejau solos;
se han ido a Tudela...*

Pero las fiestas de aquel año iban a ser excepcionales: dos corridas con Lagartijo, baile de sociedad, cucañas en el Ebro y regatas, para las que se contrató a Anselmo Gurucharri y doce marineros de San Sebastián que corrieron en lanchas de presa a presa.

Los cómicos, una vez instalados en la fonda de Pelairea, se dispusieron a ensayar.

En un libro sobre Gayarre he leído que "alquilaron para ello un caserón que antes fuera granero, y mucho antes lagar". No es cierto. Donde ensayaron y debutaron fue en el Teatro Principal que, respecto a pintoresquismo, no enviaba a ningún otro inmueble, por muy destaralado caserón y muy bodega que se le pinte. Era el mismo edificio que, construido en 1834, arrastró su vejez hasta nuestros días. Inefable teatro en forma de herradura, chiquito y cursilón, que, en aquel año 68, con sus lunetas a dos reales, su gallinero dividido (a un lado los "mostillos" y a otro las "perdiganas") y su flamante araña de cándilones de petróleo, rematada por hojas de acanto, tenía un gran sabor romántico. Pues, ¿y el telón? Una vista de la Ciudad entre figuras alegóricas, y al centro una matrona corpulenta (Tudela) que armada de cota, casco y lanza, se erguía, como Don Tancreáo, sobre un pedestal, donde, años antes, los liberales habían puesto este cartel:

VIVA LA CONSTITUCION

En este "Coliseo", preñado de recuerdos y anécdotas, iba a actuar ante sus paisanos el tenor Sandoval.

Gainza consiguió reunir bajo su batuta un piano, una flauta, dos violines y un contrabajo. Lo que se dice, "tres y el de la guitarra".

Aquel año movía la tramoya el castizo Calixto Aldasoro, y formaban la orquesta el organista de la catedral, Malumbrcs, los violines "Cañete" y Castellano, los clarinetes Carear y Baudor y el contrabajo Enguita.



En el ensayo general, celebrado por la mañana, ocurrió un incidente cómico y peregrino por causa del violón. Se hallaban enfrascados en las escenas de "Luz y sombra" y, de pronto, unas voces:

—¡Callar! Pero, ¿qué es eso?

El violón, que a un extremo del escenario apoyaba su cuello de avestruz contra las candilejas, dejaba oír de su interior unos ruidos rarísimos; luego empezó a moverse, a agitarse de un lado a otro, cada vez con mayor frenesí, hasta que, en uno de sus giros, cayó al suelo ruidosamente, exhalando de su interior un par de gritos ahogados. Cuando todos pensaban en el embrujo del pesado instrumento, prorrumpió de una grieta de la

madera la cabeza despavorida de un perro chiquitín. El estupor de todos estalló en carcajadas. Resulta que el maldito contrabajo tenía el maderamen agujereado y que el perrillo, filarmónico y juguetero, fué ensanchando la brecha a mordiscos hasta colarse dentro de la caja, donde, pugnando por salir, armó la misteriosa trapatiesta,

Aquella tarde, la actuación de los zarzuelistas constituyó un acontecimiento. Un público de fiestas, ingenuo y variopinto, llenó el teatro espesamente y se hartó de aplaudir.

En el segundo acto, el tenor tenía que descolgar al ciego por la tapia, y, como la cincha de cuero prevenida al efecto fuese muy corta, Gayarre dejó caer el bulto bruscamente y el infeliz Carreras se llevó tan tremenda costalada que estuvo a punto de desplomarse el bastidor. La gente celebró con aplausos el perance, suponiendo que el talegazo formaba parte del libreto.

Representaron tres funciones con éxito creciente. Gayarre cantó muy bien, pero sospecho que, por entonces, sería un deplorable actor. No obstante, bastó su acento de la tierra para hacerlo simpático a todos.

Lasfuentes y Gainza brincaban de contento ante los frutos de la taquilla, mientras el cacharrero lucía enfático su papel de Mecenas. La ganancia permitió a todos divertirse de recio y asistir a los toros.

Por fortuna, los de aquel año fueron cosa de verse. Como dije, toreó Lagartijo acompañado de Domingo Mendivil y la corrida del 27 fué la mejor que se verá en Tudela y una de las mejores de la historia taurómaca. Se corrieron bichos de Carriquiri que resultaron canela pura. Baste decir que el sexto mató trece caballos y que el público, asombrado de su bravura, pidió y logró que lo indultasen.

Fue el año en que la Plaza cambió de sitio los toriles y la presidencia, instalando ésta al sol, porque, según los técnicos taurinos, muchos toros se estropeaban al salir de lo umbrío del chiquero a la lumbre del redondel. Quienes perdieron con el cambio fueron los Regidores y el Gobernador que presidían. ¡Pobres! Se achicharraron vivos. ¡Con decir que una de las tardes marcó el termómetro 35 o la sombra!

Empujada por la codicia, la tropa de Gainza marchó seguidamente a

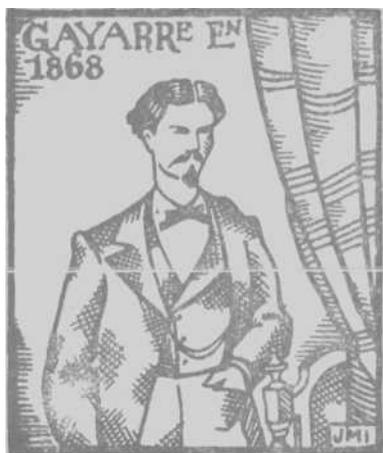
Zaragoza. En Tudela consiguieron ganar seis mil reales. Por una vez siquiera fallaba el maleficio del Coliseo de las Herrerías, donde un cómico grabó en la puerta de su camerino:

**EL ACTOR QUE AQUI TRABAJE,
SE QUEDA SIN EQUIPAJE.**

Donde Gayarre y su comparsa lo perdieron, fué en la Ciudad de la Pilarica. Su campaña no pudo resultar más catastrófica. El primer día, el teatro apareció casi desierto (sólo vendieron 45 reales) y los pocos que estaban abuchearon caudalosamente. En las demás funciones ocurrió casi igual, hasta el punto de que hubieron de cerrar el teatro y escapar, abrumados de deudas.

Gayarre, abandonando su maleta en la pensión y con cuatro pesetas en el bolsillo, pudo sacar billete hasta Calatayud. Llegó a Alcalá bajo el asiento de un tercera, como los "maletillas". Se bajó en la ciudad de las almendras por miedo a que lo detuvieran, y diciéndole al Jefe que se le había escapado el tren con su atillo de ropa y su billete, consiguió del buen hombre que lo facturase para Madrid en el convoy siguiente.

"La única vez en que viajé de balde", contaba él.



A esto vino a parar la excursión a Tudela que tan bien comenzó. A las pocas semanas estallaba la revolución de septiembre. Gayarre la acogió con entusiasmo y durante el período electoral llega a actuar de orador en un Club jacobino de la plaza de Antón Martín. En noviembre, por causa de unas voces subversivas, dá con sus huesos en la cárcel. Salió de la prisión, abatido y huraño; huía de las gentes y paseaba solo, víctima de una crisis de desesperación. A colmar su desdicha vino la orden del Gobierno provisional suprimiendo las pensiones de música. Para poder comer, cantaba en los entierros y hubo de sentar plaza de corista en una Compañía de zarzuela que dirigía Gaztambide. Cuando, vestido de picador, se adelantaba para decir cuatro palabras en una

obra del tudelano, el público se chingueaba de su facha ridícula.

Por entonces, enterados él y Sala-Julien que Gaztambide organizaba una excursión a América, se ofrecen al maestro. Al otro día los probó en el teatro. Gayarre, por nerviosismo o por algo que no llegó a explicarse nunca, fracasó en el ensayo. Gaztambide le hizo callar:

—¿Y tú eres el que quiere ser tenor? No vales ni para corista.

La repulsa del músico navarro le llegó al alma. Hasta cruzó por su cabeza enfebrecida el relámpago del suicidio. Ya no volvió al teatro y vagó errante varios

días por las ajueras de Madrid, como un detritus más de la ciudad. Su amigo Peña y Goñi nos lo describe en aquel trance, el más acerbo de su vida:

"Parece que aun le veo entrar todas las noches en el cajé de Zaragoza, envuelto en su capa parda, desteñida, con el sombrero hongo viejo y abollado, pobre, miserable, enteco, acercarse a la mesa de Pepe Gainza y compartir con él la modesta cena que le servían como pianista del establecimiento".

Convencido de su fracaso, vuelve un día a su tierra, demacrado y hambriento. Ya no será tenor. Sólo aspira a volver a su oficio, a poder ser un buen herrero.

Pero, el destino manda, y es su tierra la que le ayuda, maternal, a cumplirlo. Que, gracias a la beca que le asignó la Diputación y al dinero de sus amigos, pudo marchar a Italia y seguir sus estudios.

Al año de su vuelta a Pamplona, es su fama en Milán; después, el triunfo de Varesse, su debut en la Scala. Europa entera ha de pasmarse ante la voz angélica de un tenor español, flaco y feucho.

Y con el triunfo, su tragedia. La tremenda tragedia de su hambre de inmortalidad, que le hace lamentarse con angustia: "Todo artista deja una obra. De nosotros, los cantantes, ¿qué queda? . . . El recuerdo de los que nos oyeron; ni eso quizás. Nuestra gloria no dura lo que el humo de un cigarrillo".

Y la tristeza y el cansancio de su propio destino. "Es horrible —decía— pensar que uno ha nacido para cantar, solo para eso".

¡Pobre Gayarre! Tenía una voz de ángel y un alma atormentada y agonística, de la más española estirpe. Su vida fue como su juventud: triunfo y tragedias; mieles y amarguras. ..

Una noche de febrero y de ópera, en que la nieve descendía sobre **Madrid**, Gayarre agonizaba en su piso de la Plaza de Oriente, a dos pasos del Real. Se cantaba una obra que él había cantado muchas veces. Los que asistían a su muerte, se lo ocultaron. Y el mismo público que, días antes, le aclamaba, aplaudía, ya, a otros, ajeno al trágico final de aquella voz inigualable que se rompió cantando "El pescador de perlas".

JOSÉ MARÍA IRIBARREN

Pamplona, Octubre 1940.

1890

Gayarre

1940



¡Grande entre los grandes!

Con tu voz angélica y las sublimes creaciones, que sólo tú supiste immortalizar con arte inimitable y maravilloso, fuiste el mayor embeloso que jamás sintieron Gounod, Boito, Ponchielli, Wagner... y aquellos públicos fanatizados, que te escucharon pulpitautes: embajador extraordinario de la querida Patria, otros pueblos y otras razas, sintieron por nosotros, al arte, una admiración y un amor jamás sentidos; por eso esta que tanto supiste exaltar más allá de sus fronteras, te recuerda en el 50.º aniversario de tu desaparición, y te recordará siempre. Si el 'Roccal poético' fué tu cuna, la universalidad de tu renombre fué tan grande, que todos los pueblos, te tuvieron por suyo, y hubieran querido honrarse de tenerte por hijo.

¡Exaltecamos esa memoria, y si nuestras oraciones han de subir al Cielo en su recuerdo, justo es que con nuestra esfuerzo y entusiasmo, perpetuemos su paso por la Tierra en broncees inmortales!

José Antonio de Huarte.